

VIDA COTIDIANA Y SOCIABILIDAD DE LA NOBLEZA CATALANA DEL SIGLO XVIII: EL BARÓN DE MALDÀ

María de los Ángeles Pérez Samper

EL BARÓN DE MALDÀ Y SU *CALAIX DE SASTRE*

Vida cotidiana y sociabilidad son dos cuestiones distintas, pero que en la práctica se dan frecuentemente unidas y relacionadas, y desde luego así era en el caso de la nobleza catalana del siglo XVIII, en cuyo estilo de vida su unión resulta especialmente significativa. Para conocer la vida cotidiana y las relaciones sociales de la nobleza catalana en el setecientos pocas fuentes pueden resultar más útiles y reveladoras que el famoso *Calaix de Sastre* del no menos famoso Barón de Maldà. Bien conocidos el autor y su obra, recordar algunos datos relevantes puede ayudar a comprender mejor las peculiaridades de su vida cotidiana y de sus prácticas de sociabilidad.

Rafael d'Amat i de Cortada nació en Barcelona, en la casa que la familia tenía frente a la iglesia de Santa María del Pino, el 10 de julio de 1746. Era de familia noble. Su padre, Antoni d'Amat i de Junyent, hizo la carrera militar. Su madre, Maria Teresa de Cortada i de Senjust, también pertenecía a la nobleza. Su abuelo, Josep d'Amat de Planella i Despalau, primer Marqués de Castellbell, participó en la defensa de Barcelona en 1697, fue uno de los fundadores de la Academia dels Desconfiats en 1700 y en la Guerra de Sucesión se manifestó partidario de Felipe V, lo que le valió el título de Marqués. Su tío, Manuel d'Amat i de Junyent, fue teniente general y se haría famoso como Virrey del Perú. Ocupó el virreinato quince años, de 1761 a 1776, y desde 1777 residió en Barcelona, en el

magnífico palacio que se había hecho construir en las Ramblas, hasta su muerte en 1782.

El Barón de Maldà, no sería ni tan rico ni tan poderoso como su tío el Virrey, pero se haría célebre como escritor de un dietario, el *Calaix de Sas-tre*. Había estudiado, como la mayoría de jóvenes aristócratas, en el Colegio de Cordelles de los jesuitas. Vivió en Barcelona, en la gran casa donde había nacido, en la calle del Pino, conocida entonces como casa Cortada. Pero no se limitaba a hacer vida de señor barcelonés, sino que viajaba con frecuencia por Cataluña. Sus descripciones de Badalona, de Calella, de l'Hospitalet del Llobregat, de Esplugues del Llobregat, de Montserrat, de Maldà y del "Col·legi de la Bona Vida" del Marqués de Castellbell en Horta nos han dejado una imagen pintoresca y expresiva de la vida urbana y rural de la sociedad catalana de la segunda mitad del siglo XVIII.

Cuando tenía veinte años, en 1766, se había casado con su prima hermana María de la Esperanza Amat i de Rocabertí, la hija menor de los segundos Marqueses de Castellbell. El matrimonio tuvo ocho hijos, de los que alcanzaron la edad adulta tres chicos, Rafael, José María, Cayetano, y tres chicas, María Escolástica, María Teresa y María Felipa. La endogamia familiar fue muy acusada. En 1798 se casaron sus dos hijos, Rafael y María Escolástica, con dos de sus primos hermanos. María Escolástica con su primo hermano el Marqués de Castellbell, Don Manuel Amat i de Peguera, y Rafael con su prima hermana "Poneta" Vega i d' Amat. Sus dos hijas menores entraron como religiosas en el convento de Junqueras, donde eran priora y subpriora otras dos Amat. Llevó siempre una vida muy privada. Sus aficiones literarias quedaban reducidas a su círculo de familiares y amigos. Al final de su vida, en 1816, ingresó en la Academia de Buenas Letras. El Barón de Maldà murió en Barcelona en 1819, a los setenta y dos años. Fue enterrado en la cripta de la iglesia "dels Josepets" de Gracia.

Por su biografía y por su obra, el Barón de Maldà se nos revela como un típico representante de la nobleza mediana. Tenía propiedades y unas buenas rentas y podía llevar una vida acomodada en una gran casa, pero no era un gran terrateniente si lo comparamos con otras grandes familias de la nobleza española y, a pesar de su frecuente trato con la más alta sociedad barcelonesa y sus relaciones con las autoridades del Principado, tampoco fue un hombre poderoso e influyente en la esfera política catalana. Como representante típico de una nobleza un tanto provinciana, alejada del gran centro de poder, que seguía siendo la corte a pesar de la crisis progresiva de

la Monarquía durante el reinado de Carlos IV, no trascendió el ámbito catalán. Fue un hombre de mentalidad conservadora, muy apegado a sus privilegios, a las costumbres de su clase y a los principios jerárquicos de la sociedad del Antiguo Régimen. Fue también devoto de la tradición, pero, como hijo de su época, participaba, aunque de manera muy limitada y parcial, de una cierta curiosidad por las novedades, siempre que no amenazaran sus valores. Un personaje, pues, muy representativo de su grupo social, la nobleza, de su país, Cataluña, y de su época, el paso del XVIII al XIX.

Lo único que fue verdaderamente extraordinario en él fue su pasión por la escritura y la fidelidad obsesiva en redactar su dietario, titulado *Calaix de Sastre en què s'explicarà tot quant va succeint en Barcelona i veïnat des de mig any de 1769. A les que seguiran les dels demés anys esdevenidors per divertiment de l'autor i sos parients*. El *Calaix de Sastre* constituye, por tanto, un documento de valor inestimable para conocer la vida barcelonesa en general y la de la nobleza catalana en particular, durante la segunda mitad del siglo XVIII. Rafael d' Amat i Cortada, desde 1769 a 1814, escribió puntualmente casi cada día varias páginas de su diario particular, que él titulaba *Calaix de Sastre* o *Miscel·lània*. Una copia manuscrita, constituida por 52 volúmenes en octavo, de 400 a 600 páginas como término medio, con un total de 26.000 páginas, se conserva hoy en el Instituto de Historia de la Ciudad de Barcelona. En 1987, la editorial Curial comenzó la publicación de una amplia selección de la obra, a cargo de Ramon Boixareu.¹ El Barón de Maldà escribió muchas otras obras, relatos de viajes, descripciones de poblaciones de Cataluña y de fiestas mayores, incluso poesías. *Viles i ciutats de Catalunya* ofrece gran cantidad de información sobre ciudades y pueblos de Catalunya. Más datos proporciona la serie titulada *Miscel·lània de viatges i festes majors*, pero repite sustancialmente lo anotado en el *Calaix de Sastre*, por lo que será en el dietario en el que nos basaremos para este trabajo.²

1. Rafel d'AMAT i de CORTADA, Baró de Maldà: *Calaix de Sastre*, Barcelona, Curial, vol. I, 1769-1791, 1988; vol. II, 1792-1794, 1987; vol. III, 1795-1797, 1988; vol. IV, 1798-1799, 1990; vol. V, 1800-1801, 1994; vol. VI, 1802-1803, 1994; vol. VII, 1804-1807, 1994; vol. VIII, 1808-1810, 1996, IX, 1811-1812, 1999. Vid también del mismo autor *Exili de Barcelona i viatge a Vic (1808)*, Publicacions de l'abadia de Montserrat, 1991.

2. Rafael d'AMAT i de CORTADA, Baró de Maldà: *Miscel·lània de viatges i festes majors*, ed. crítica de Margarida Aritzeta, Barcelona, Ed. Barcino, 1994, 2 vols. Y *Viles i ciutats de Catalunya*, ed. crítica de Margarida Aritzeta, Barcelona, Ed. Barcino, 1994.

El *Calaix de Sastre* es una fuente extraordinaria, muy útil para el estudio de muchos temas, pero resulta idónea para aproximarnos a la vida cotidiana de la sociedad catalana de la época, especialmente la de la nobleza, principal protagonista de la obra, y también para realizar un análisis de la sociabilidad. Las actividades y escenarios de la vida diaria, las rutinas y costumbres, las obligaciones y aficiones, las necesidades y distracciones, van configurando un panorama muy revelador del estilo de vida del Barón de Maldà y, a través de su caso personal, del resto del estamento nobiliario catalán del setecientos. La vida familiar, la religiosidad, la mesa, el paseo, las visitas, los refrescos, la música, los espectáculos, las diversiones, infinidad de aspectos de la vida de cada día surgen de las páginas del dietario con gran precisión y de manera muy reveladora.

Las redes de relaciones sociales que constituían el tejido de aquella sociedad se van manifestando en su doble dirección, vertical y horizontal, en sus diferentes escalas, desde la local barcelonesa, donde transcurre la mayor parte de la vida del Barón de Maldà, hasta los más amplios espacios, catalán y español, sin ir más allá, pues Rafael Amat i de Cortada, como la mayor parte de aquella nobleza provinciana de la que él formaba parte, carecía de vinculaciones internacionales. Las redes, más densas o más dispersas, se van dibujando a través de las páginas del dietario, manifestando indicios más o menos claros y abundantes pruebas de su importancia, revelando el papel desempeñado en la sociedad catalana por la red en la que se movía y actuaba el Barón de Maldà, su propio papel, así como el papel desempeñado por los diversos miembros de la red, permitiéndonos conocer también los varios grados de accesibilidad, al observar tanto los contactos directos entre individuos y grupos, como los indirectos, creados o mantenidos a través de intermediarios. El detalle con que el Barón de Maldà nos retrata la sociedad de su época proporciona un medio excelente para analizar el tema de la sociabilidad, desde las más variadas perspectivas, individuales y colectivas, familia y parentesco, señorío, patronazgo, estamentos, grupos profesionales, intereses económicos, posiciones sociales y honoríficas, claves culturales y políticas, edades, géneros, vecindad y paisanaje, amor, amistad y afinidades de todo tipo.³

3 Un estudio sistemático del dietario, completado con otras fuentes, especialmente con ayuda de la documentación notarial, podría proporcionarnos un panorama muy completo de la sociabilidad catalana de la segunda mitad del siglo XVIII.

FAMILIA, HOGAR, BODA

La vida en familia ocupaba un lugar esencial en la vida cotidiana del Barón de Maldà. La familia era muy importante para él y llenaba muchas horas de todos sus días, ya fuesen ordinarios o festivos. La familia vivía junta en la misma casa, la casa Cortada en Barcelona o cualquiera de las otras casas de la familia en diversos lugares de Cataluña. Cuando los hijos se fueron casando y ya no vivían en la misma casa, se reunían con frecuencia, pasaban mucho tiempo juntos, y realizaban muchas actividades en común.

Una expresión principal de la importancia que se concedía a los vínculos familiares, en sentido amplio, se encuentra en las diversas celebraciones del ciclo de la vida, que siempre se festejaban en familia. Desde el punto de vista familiar y festivo de todos los acontecimientos, el más destacado era, con mucho, el de la boda. Era una de las expresiones máximas de celebración en familia. Todas las gentes procuraban celebrarla por todo lo alto, incluso por encima de sus posibilidades, pero en el caso de la nobleza el festejo llegaba a su máxima expresión, pues integraba toda una serie de actos, reuniones y convites de gran categoría. Generalmente se celebraba durante tres días, comenzando por la ceremonia religiosa del sacramento del matrimonio y agasajando a los familiares e invitados con una sucesión de comidas, cenas y refrescos de gran lujo. Llegaba un momento en que a los invitados apenas les era ya posible comer más. Pero el despliegue de medios se mantenía a pesar de todo, pues era una cuestión de prestigio y de tradición, que no podía dejar de respetarse.

El Barón de Maldà en su *Calaix de Sastre* relata con gran detalle varias bodas, que ilustran muy bien sobre el tipo de alimentación, adornos y maneras ligadas al acontecimiento. Por tratarse de celebraciones sociales, la decoración cobraba una gran importancia, destacando la fantasía de los ramilletes que adornaban las mesas y el lujo con que éstas eran puestas, con vajillas –habitualmente de cerámica y tratándose de familias muy ricas de porcelana–, cubiertos –generalmente de plata y a veces de plata sobredorada–, manteles y servilletas de la mejor calidad. Más que una comida era un escaparate, que buscaba manifestar la riqueza y honor de la familia y asombrar a los convidados. La abundancia era tan grande que rozaba la exageración y la excelencia superaba lo habitual. Cada comensal podía elegir entre la multitud de platos presentados. Las comidas, dispuestas al esti-

lo francés, eran de aparato, con varios servicios, generalmente tres, que cubrían sucesivamente la mesa. Había gran cantidad de platos, salados y dulces, que eran especialmente abundantes, variados y refinados. El primer servicio o simetría era el más sólido, a base de sopas, olla o macarrones. El segundo compaginaba los platos de volatería –capones, pollos, pavos– y los de carne, con los de pescados y mariscos de calidad. Además se añadían platos considerados delicados y exquisitos, salados y dulces. El tercero era el de los postres dulces, los helados y las confituras. Se bebía agua y vino, a veces solo y a veces mezclado con agua. Era costumbre novedosa de la época terminar el banquete con el café. Generalmente se servía en una sala aparte, con el fin de permitir un tiempo de descanso y sobremesa. En ocasiones se completaba el café con licores.

Si cualquier comida que reuniera familiares y amigos era motivo de satisfacción y alegría mucho más una comida de bodas, que celebraba un acontecimiento especialmente feliz. Los banquetes solían ser muy animados, hasta bulliciosos. Como escribía el Barón de Maldà con motivo de las dobles bodas de dos de sus hijos el 11 de diciembre de 1798: “No faltà prou bulla en taula, com que de lo contrari no fóra dinar de bodes”. En ocasiones, cuando la celebración sobrepasaba el círculo privilegiado y adquiría carácter popular, la animación subía de tono y terminaba con agitadas “batallas” de confites y peladillas. La abundancia de comida alegraba el ambiente, como afirmaba el Barón el 9 de mayo de 1803: “I com panxa plena fa bullícia, tothom estava d’allò ben alegre en taula...” Y sobre todo la generosa presencia de bebidas alcohólicas favorecía la animación y el bullicio, según decía el 12 de diciembre de 1798: “...tothom alegre; i més ab los vins d’aquelles garrafes i ampolles de l’Antonet, que infundien major alegria a tots los convidats, i més en cosa de bodes, que no hi entra tristor alguna”.

El 11 de diciembre de 1798 se celebraron una dobles bodas especialmente importantes para el Barón de Maldà, las de su hijo primogénito y heredero Rafael Maria con Poneta Vega y las de su hija Maria Escolàstica con el joven Marqués de Castellbell. Estas dobles bodas resultaron un acontecimiento excepcional. Los invitados al banquete principal, encabezados por el Capitán General, fueron numerosos, todos nombres muy conocidos de la nobleza catalana. La comida se celebró en la torre Castellbell y el festín no pudo ser más espléndido, tratándose de la boda del propio dueño de la casa, hombre de grandes medios económicos y muy

buen “gourmet”. Como era costumbre en tales ocasiones la mesa se hallaba dispuesta con todo lujo:

“Passejant-nos pels aposentos hem vist (...) lo magnífic objecte de la taula parada ab tots los plats i servilletes uniformes per cada u a les vores, de rengle, i al mig lo primorós ramillete a qui feien la cort les garrafes, gresolletes, ampolles d’aigua i vi –tot allò cristall– i los cubos de pipa immediats als plats i servilletes, tot allò ja principi de simetria. Esta, en quant a reposteria, arreglada que quedava dalt a l’apostento sobre la mesa de billar, que feia goig a la vista i millor al gust...”

Después de hacerse esperar bastante rato, comenzó el banquete, con sus diferentes servicios:

“I a tres quarts de dos encara no es duia la sopa a taula, escudelles i tota la demás retahíla de viandes de sa primera simetria, no havent-hi altres plats que els que hi quedaven sobre les servilletes i los pans de crostons (...). A dos hores tocades se començà a arreglar la primera simetria de major substància, anant los criats i lacaios uns tras d’altres ab ses plates i soperes, salses i salsirons per cobrir la taula, que ab tot lo demás fes goig (...). En quant a postres, casi totes foren llepolleries, i después de les substàncies entraren estes...”

Hartos los convidados de comida, pasaron a tomar el café de sobremesa:

“Isquérem d’allò ben complerts i satisfets, i no aptes los ventres per ficar-s’hi més vianda, i més durant tres dies les festes de gaudeamus en la taula. Anàrem tot seguit a la peça antes de la galeria de ponent a pendre una escudelleta de cafè ab sucre, que s’acomoda molt al ventrell, i més después d’un bon dinar”.

Por la noche no faltó la cena, aunque moderada, para evitar indisposiciones, sobre todo después del gran banquete del mediodía:

“Después, cerca d’onze hores nos posàrem a sopar en lo mateix puesto de la galeria nova, i procuràrem posar ralla en dit sopar, vull

dir allò d'un poc de verdura i peix, per no tenir en lo llit pesadès de ventrell i mal gust a la boca, que ens hauria prou incomodat..."

Al día siguiente, 12 de diciembre, por la mañana, hubo desayuno, basado en el tradicional chocolate con pastas:

"... férem llarg temps esperant al bon canonge Poncic que tornàs de dir sa missa per embocar-nos tots la "xaculatoria" ab tots los bes-cuits, melindros, ensiamades i coques de Cervera. I no venint encara lo tal Sr. Poncic se'ns serví l'esmorzar (...) regositjant-nos tots ab totes estes golosines, sucant-les ab el xocolate i sos vasos d'aigua fresca..."

Al mediodía se celebró un nuevo banquete, con la mesa dispuesta con todo primor. La comida contó con una sorpresa espectacular, un pastel relleno de pajaritos vivos:

"Est fou ab tota la possible simetria en les tres escenes, com de teatro: sèria, bufa i entremès, vull dir substància, orduvres, i dolçaina en la primera. En la segona, un mixto de substància i de llepoleria. En esta segona lo graciós plat d'un pastel ab presoners dintre –i l'atre pastel més gros sens estos–, que isqueren a taula; i de tals presoners, fora d'un o dos, ningú sabia res. I aquí era la bulla en lo dinar puix que, havent-se separada un poc la coberta del pastel, esta anà fent moviment obrint los tals presoners una a modo de porteta, traient lo cap fins a eixir-se'n del pastel, volant per la taula i galeria fins a quatre aucelles, que eren verdums (...); que fou pensament aquell dels aucells dintre del pastel d'allò ben cèlebre, i bona humorada del qui li passà tal pensament pel cap (...). En la tercera simetria foren postres, ensucrades les més, besuits, melindros, ampelles de vins generosos, garrafes d'aigua i vi..."

La comida terminó con la animación acostumbrada en tales ocasiones y siguió después la sobremesa, en la que al café se sumaron los licores:

"L'alegria en los convidats era lo principal sainete, que saçonava a tots aquells sainetes de bucòlica, en taula. Esta l'hem desocupada a quatre hores (...). La comitiva, después del dinar i begut lo cafè, ab

sucre terrossat, i un xiquet de ví marrasquí –allò de tastar i fora– los aficionats a licors...”

A pesar de llevar ya dos grandes banquetes, la noche del segundo día la cena fue bastante completa, mucho más si pensamos que tampoco habían perdonado la tradicional merienda, a base de chocolate y pastas:

“Lo sopar no era gens escàs en verdura, sopes ab caldo, peixos ab suc i perbullit; rostits i altres vàries frioleres, presidint en la taula les garrafes i ampolles ab aigua i vi. Mes, com jo ja havia pres xocolate –que sempre l’acostumo a pendre matins i tardes, tenint a mon poder en la peça pintada del menjador los sucres esponjats o bolados; les assafates plenes de bescuits; neules torrades; ensiamades, melindros i sabatilles–, com pare de la mestressa vaig pendre de lo que se’m va acomodar, i métalas callando, havent molt minorat la dosis en lo sopar...”

El tercer día, 13 de diciembre, se repitió el desayuno y la comida, como broche de la celebración de la boda. Pero los festejos todavía no habían terminado. De regreso a Barcelona siguieron las “visitas” de boda, en las casas de los novios, casa Castellbell, casa Cortada y casa Rocafort, con asistencia más numerosa. El primer convite tuvo lugar en casa Cortada, la casa del Barón de Maldà, la misma tarde y noche del día 13 se dieron un refresco y una cena, igualmente espléndidos. Primero el refresco:

“Sent-hi ja tots los del convit al refresc i al sopar, sent lo primer ja prompte, entraren a l’estrado tots aquells municioners de boca, ab assafates de melindros i vasos de llimó, taronja i orxata, prenent quiscú lo que més se li acomodà, sucant-hi sos bons melindros. Se serví de seguida lo xocolate ab bescuits, ensiamades, torrades, bollos etc., i darrere, l’aigua fresca.”

Después del refresco, siguió una gran cena de unos cuarenta cubiertos, preparada con gran cuidado por un cocinero famoso de la Barcelona de la época, “l’Antonet, lo beco del Racó”, una cena a la que los invitados apenas pudieron hacer honor:

“En sent deu hores i quart, arrengrat tot aquell aparato de sopes ab caldo, peixos, verdures, rostits i golosines, se donà avís (...) que se servissen eixir al saló a sopar, quedant la taula ben adornada de plats ab vianda, ramillete al mig i llums en candeleros, a fileres, de llarg a llarg, que tot era un molt lindo objecte, més per los ulls que per la boca, per estar casi tothom no apte per menjar gaire, per no quedar del tot paüt lo dinar...”

Tras la boda, los festejos se prolongaban con diversos motivos. El 23 de enero de 1799, se celebraron las misas de bendición de desposorios de los dos hijos del Barón de Maldà. Terminadas las misas, una para cada pareja, se celebró un almuerzo:

“I llestes, tothom a esmorzar que hem anat a casa de la Sra. marquesa viuda de Gironella, tia de la Poneta, que ha anat tot de celebració, havent-se'ns servit xocolate ab llet i sense, llet i taronja en vasos, bescuits d'ou, melindros, ensiamades, rosques etc., que a tot nos hi hem acomodats molt bé, sent tot allò tan bo, acompanyats de l'alegria.”

Con motivo de estas mismas dobles bodas, un mes y medio después seguían todavía los festejos con una gran recepción en casa Cortada. El 29 de enero de 1799 se celebró la fiesta con el imprescindible refresco: “... lo refresc de sorbetes, llet, orxata, taronjada, melindros, bollos, pastes, xocolate etc.” Pero la fiesta tenía varias dimensiones, una más restringida y selecta, reservada al círculo de familiares y de invitados más importantes, y otra más general, abierta a las clases populares. Si el refresco principal se sirvió, como era habitual, separadamente, primero a las señoras y después a los señores, “ab molt ordre i concert”, el resto de la celebración desbordó ampliamente los cálculos del Barón:

“Amigos, era babilònia casa Cortada, en tots sos racons i aposentos, de criats, criades, pagesos i pageses, menestrals, lacaios, faquins de sorbeteres, canastes i demás històries, menjant tothom i bevent més del regular, ab prou perjudici de sa salut i ab despotisme a la bossa del baró de Maldà, com succeí después de la mitjanit, obert lo cafè baix a la peça dels estudis, com un saco a un camp enemic, ab tants militars jovenel.los sens sindèresis i altres jovenel.los paisans,

que, per més llet que hi havia, se flocaren, casi a un tancar i obrir d'ulls, no sé si fins a cinquanta meitadelles, fent bulla de borratxos. Ni que fos allò fonda o taverna, per la gran broma allí, i cop de menjar pastes, fins a afartar-se, los golafres, sens escrúpol de consciència, si els faria mal o no. Desastrossa com aquella, borboll i crits, no s'havia vist mai en casa Cortada, tenint-ho l'amo que dissimular xuclant-li la substància, digo la moneda, per lo que la hi escuraven ab tant demanar tot sovint pastes, que se n'anaren, o es fongueren allí, no sé si més de dos canastes plenes; i el Po Ginestar, a més, los feia baixar pans de la cuina, per empanar-los bé. Los caldos i vins molt bé se despatxaren tot lo que donava prou angúnia al Po Ginestar, i més al doctor Bardolet, lo majordom de ma bolsa. Ja fou allò un diluvi de festa, que tot se vessà i derrití. Allí n'hi havia de mescla de persones, de senyores, senyors, músics, menestrals, militars i altres vàrios –sentats i sentades–, menjant i bevent alegrement a la salut del marquès del Gasto; i los que no menjaven ni bevien, per beure i riure en tot aquell despotisme, confusió i broma. Per últim, se tancà la porta del cafè –que bastant n'havien fet– i se n'naren dalt a ballar...”

COMER, BEBER, DISFRUTAR

El ideal de vida del Barón de Maldà tenia como escenario principal la mesa. Al Barón de Maldà le gustaba comer, disfrutaba comiendo y también disfrutaba escribiendo sobre lo que había comido. Son numerosísimas las referencias a las comidas a lo largo de las páginas de su *Calaix de Sastre*. Día a día, desayuno, comida, merienda y cena, anotaba en su dietario los productos, platos y menús. Comía mucho y comía bien. Cualquier razón o excusa podía ser válida para disfrutar de una buena comida y para recrearse en recordarla por escrito. En su receta para disfrutar de una buena vida, como indicaba por ejemplo el 11 de octubre de 1804 y repetía el 7 de agosto de 1805, ocupaba un lugar destacado comer bien y beber mejor: “lo menjar bé i beure millor”.

La mesa era uno de los más importantes núcleos de sociabilidad, mucho más tratándose de la nobleza, que tenía un alto sentido de grupo, tanto familiar como estamental, y que hacía del convite un elemento fundamental de prestigio. Pocas veces comía solo el Barón de Maldà. Nor-

malmente comía toda la familia junta y, a medida que los hijos se hicieron mayores y se fueron casando, eran muchas las veces que, con sus respectivas familias, acompañaban a su padre, en casa de unos o de otros. También se añadían con bastante frecuencia otros miembros del círculo familiar. Además, era también frecuente que el Barón compartiera la mesa con diversos amigos, generalmente eclesiásticos, tanto seculares como regulares. La comida era, pues, lugar de encuentro, acontecimiento social, mucho más cuando se trataba de algún acontecimiento festivo, como una boda o la celebración de alguna de las múltiples fiestas mayores a las que acudía el Barón de Maldà año tras año.

El Barón dedicaba una parte importante de su vida cotidiana a comer. Desayunaba, comía, merendaba y cenaba y no se resistía a algún otro añadido. Desayunaba muy pronto al levantarse, o un poco más tarde, al volver de misa si iba a comulgar. El desayuno era siempre chocolate con pan o pastas, a veces también fruta. La comida principal era la del mediodía, que en aquella época solía hacerse de las doce hasta las dos y media, variando según fuera en la propia casa, invitados en otra casa, en un hospital, en día ordinario, en día de fiesta. También variaba el horario de las comidas en la ciudad y en el campo. En Barcelona y en otras ciudades se había puesto de moda en el siglo XVIII comer más tarde del mediodía, entre la una y las dos de la tarde. Como escribía Amat i Cortada el 23 de mayo de 1801 "... sent ja hora de dinar per ser un quart d'una...", en la Cataluña rural se conservaba la costumbre de comer al mediodía. El Barón de Maldà advertía esta diversidad de costumbres, anotando el 28 de abril de 1811: "... com en cases de pagesos solen dinar a dotze tocases segons costum antigua i no moderna d'una i dos hores..." Acostumbrado a su horario, consideraba que las doce era una hora demasiado temprana para comer y así el 15 de julio de 1812 advertía: "Com en cases de pagesos acostumen a dinar a migdia, sent per nosaltres massa dejorn..." Al Barón de Maldà le molestaba mucho comer tarde y haber de esperar para comer, cosa que a veces sucedía, sobre todo en días de fiesta, en que los horarios acostumbraban a retrasarse.

En las comidas, la cantidad y calidad de los alimentos eran muy diversas. La comida del mediodía estaba siempre compuesta de varios platos de carne y era muy común, casi obligada, la presencia de la "escudella y carn d'olla", versión catalana de la olla hispánica, que se servía todos los días, también los días de fiesta. Según la época del año, la comida experimen-

taba ligeras variantes, incorporando los productos de temporada. La merienda consistía de nuevo en chocolate. La cena era algo más ligera, con ensalada o verdura como entrante, después huevos o pescado y no faltaba tampoco el obligado plato de carne y algún postre.

La nobleza estaba siempre dispuesta a las celebraciones gastronómicas. Ocasiones que daban lugar a comidas de celebración eran las fiestas onomásticas. La familia Amat acostumbraba a festejar el día del santo de sus miembros con una comida, especialmente el 24 de octubre, día de San Rafael, onomástica del Barón de Maldà y de su hijo y heredero. En 1797 el banquete celebrado en casa Cortada fue especialmente espléndido. Además de la familia y algunos parientes, estaban invitadas varias personas amigas de la casa, entre ellos varios eclesiásticos. El banquete se organizó al estilo francés, con varios servicios sucesivos y con la mesa profusamente adornada. El centro de la mesa, como era habitual en las grandes ocasiones, estaba decorado por un ramillete:

“Parada que estava (la taula), esta, ab lo curiós ramillete al mig, sobre què assentaven les figures de nimfes ab lo déu Baco al mig, ab gerros ab anissos en lloc d’arena i molt curioses flors –que era un molt lindo objecte lo total–, assentades totes estes figures –part de porcelana i part de màrmol– sobre de terreno de cristal; que el tot era hermosura, esta per la vista i no pel gust de la llengua, per no entrar-hi los dolces, destinats, ab los amargs i altres vàrios, en los platets de la simetria a postres.”

La comida estuvo en consonancia con el lujo de la mesa. Se ofrecieron varios servicios y los platos fueron abundantes y variados, tanto los salados como los dulces:

“Posada la primera simetria a un quart de dos tocat (...); havent-hi ja bona vianda en la primera simetria en taula, verbo substancia, en punt a sopa, escudella de macarrons, carn d’olla, perdius, capons, cap de vedella etc. Així també en la segona, com en la molta de llépol·la en la tercera muda, i en l’ensucrada i almívars vàrios en les postres; que tota aquella tirallonga d’estos platets ensucrats ab los dos formatges gelats i de fruites així, també, eren agradables a la vista, i

més al gust de la llengua. Los vins ordinaris eren bons, i los de granatxa, màlaga i malvasia, boníssims.”

Todos los ritos del convite, los más tradicionales y los más innovadores, fueron respetados para mayor solemnidad del festejo. El banquete terminó con un brindis y con unos versos. Tampoco faltó el café de moda. Y no se prescindió de las tradicionales bendiciones.

“I per coronat opus del dinar, al brindar a la salut de tota aquella amada parentela i demás d’amistat, lo Sr. doctor Bardolet, a l’objecte del festiu dia i d’aquella reunió en glòria de sant Rafel, primerament, i segonament del que escriu esta història, i de son fill hereu, etxà de repente un parell de dècimes i uns versos catalans, per major alegria de la festa i perquè el vi generós a postres nos alegràs el ventre ajudant a la decocció, i més en lo últim en l’estrado immediat, lo cafè ab sucre terrossat, peraquè no faltassen en tal convit de parentiu i amistat tots los requisits. Content estiguí de que antes se donassen les molt degudes gràcies a Déu, que digué Felipeta, ma querida filla última.”

La celebración del día del santo se completaba con un refresco por la noche. En esta ocasión estaba previsto un refresco sencillo a base de “aigua ab bolados”, en lugar de los típicos sorbetes y “aigües brutes”, nombre que se daba vulgarmente a las bebidas. Pero como el Capitán General anunció su visita, se añadieron al café sorbetes y demás “aigües compostes” para dar mayor categoría al agasajo, en consonancia con el ilustre invitado:

“... i luego se serví l’agasajo, servint un criat los plats, i lo demás, ab les sotacopes, les tasses de sorbetes, no sé si imperial, d’orxata sense glaçar, i me paregué que també llimó, seguint, a estos, altres criats ab les golosines de melindros, en assafates, i después, ab les assafates, lo pa de pessic o bescuit d’ou, ensiamades, rosques, tortell, coques etc., res escàs.”

VISITAS, TERTULIAS Y REFRESCOS

El Barón de Maldà era un hombre muy sociable. No le gustaba estar solo, le gustaba estar acompañado, fundamentalmente por su familia, pero tenía un círculo de relaciones amplio y relativamente variado. Las relaciones eran tanto horizontales como verticales y abarcaban un amplio y diverso tipo de gentes, parientes, miembros de la nobleza, amigos, muchos eclesiásticos, conocidos, criados, vecinos. La escala de estas relaciones era fundamentalmente local, de ámbito barcelonés y catalán, con algunas vinculaciones con la nobleza cortesana, muy pocas con la sociedad española en general y prácticamente nulas de alcance internacional.

No era un hombre aislado; formaba parte de redes sociales complejas, algunas muy densas como eran las del grupo nobiliario barcelonés, otras más dispersas. De manera directa, a través de contactos personales, o indirecta, mediante intermediarios, tenía acceso a gran cantidad de personas de la más diversa condición. Como miembro de la nobleza, desempeñaba un papel muy conservador, colaborando en el mantenimiento de la sociedad tradicional y defendiendo su privilegiada posición.

Mientras su círculo más íntimo era básicamente el familiar, aumentado por algunos pocos amigos de confianza, existían numerosos círculos de diversa amplitud. Una cosa eran las gentes que tenían acceso a su casa y, dentro de su casa, a su mundo más privado, sus habitaciones particulares, y otra cosa eran las gentes a las que recibía en su casa, pero sólo en la sala de visitas y con ocasión de recepciones. Con muchas de estas personas más cercanas solía haber un trato de reciprocidad y el Barón también acudía a sus casas con mayor o menor regularidad, aunque esta reciprocidad no siempre existía. Un círculo más exterior era el de las gentes a las que veía fuera de casa, de manera más ocasional o fortuita.

Mantén estrechos lazos con el mundo eclesiástico y era amigo de numerosos clérigos, frecuentando el trato con sacerdotes, monjes y religiosos. Entre sus amigos más íntimos, con los que tenía un trato cotidiano, destacaban el doctor José Casas, beneficiado de San Miguel, y el sacerdote Joan Mas, que le servían además de colaboradores en la redacción del dietario. Muchos de ellos eran huéspedes suyos y comían con frecuencia en su mesa. En otros casos se trataba de personajes con los que se veía de vez en cuando, pero que llegaba incluso a alojarlos en su casa por un tiem-

po. El 9 de julio de 1795 anotaba, por ejemplo, la llegada de un sacerdote amigo, que venía desde Tarragona a pasar unos días con la familia Amat:

“Avui, cerca d’onze hores antes de migdia, ha vingut a casa per passar alguns dies ab ma companyia, de mos fills i família, en aquesta capital de Barcelona, lo reverend capellà bosser i beneficiat de la catedral de Tarragona, reverend Josep Solanelles, segons promesa sua que ha complert. Onze anys que no havia estat aquí en Barcelona...”

Rafael de Amat i de Cortada, por costumbre de su clase y por propio gusto personal, dedicaba mucho tiempo diariamente a tratar con la gente. Gran parte del día, sobre todo por la tarde la dedicaba a hacer o recibir visitas. Verse, charlar, intercambiar noticias, comentar los asuntos más diversos, formaban una parte muy importante de la vida cotidiana del Barón de Maldà y de todos los miembros de la nobleza.

Dia 8 de novembre de 1776, me vingué a fer visita, trobant-se en esta ciutat, Josep Ricard, de Vilafranca del Penedès, i, havent-li entre algunes preguntes parlat jo de ses dos germanes Teresa i Antonia, conegudes mies en l’any de1771 en aquella vila, me digué que la primera, nomenada Teresa, se mantenía soltera per encara, i la segona, nomenada Antònia, per inspiració divina pretenia ser monja...”

El Barón acostumbraba a frecuentar tertulias y refrescos, siempre en compañía de familiares y amigos. Le gustaba mucho hablar, comentar, conversar, indagar, enterarse de noticias y rumores. El placer de vivir fue uno de los principales objetivos de las clases privilegiadas del Antiguo Régimen. El refresco reunía el placer gastronómico con el placer social. Era un momento de encuentro y diversión, que se polarizaba en torno al servicio del refresco. Acostumbraban a tener lugar por la tarde o por la noche. El acontecimiento se hallaba perfectamente ritualizado. El refresco era un concepto amplio, podía abarcar desde algo muy simple, ofrecido ocasionalmente a muy pocas personas en una visita inesperada, hasta una fiesta de muchos invitados, preparada con gran antelación y cuidado y en la que se ofrecían gran cantidad de bebidas, incluido el chocolate, sorbetes, helados, dulces y pastas de muchas clases. Los más sencillos y familiares se servían conjuntamente a todos los asistentes, pero en los de mayor

compromiso se servía separadamente, primero a las damas, y después a los caballeros, por orden de jerarquías.

Desde el punto de vista alimentario primaba la exquisitez. Todo era dulce. Primero se comenzaba por ofrecer diversas bebidas, como limonada, naranjada, agua de albaricoque, horchata, leche, sola o aromatizada, agua de canela, agua de agraz. A estas bebidas se las denominaba “aigües compostes” y, de forma más vulgar, Amat i Cortada las llamaba “aigües brutes”. A veces la bebida se trataba simplemente de agua azucarada, mediante los típicos “esponjados” o “volados”, unos dulces de azúcar con diferentes gustos y colores, que se disolvían en los vasos de agua fresca para darle sabor. Papel muy importante ocupaban también los sorbetes y helados, que eran de diferentes sabores. Para acompañar estas bebidas se servían pastas de muchas clases, “bescuits”, “bescuits d’ou”, “melindros”, “sabatillas”, “neules”, ensaimadas, roscos, bollos, cocas. Pero el centro de todo era el chocolate, el producto estelar, que constituía la culminación del refresco. El chocolate se servía siempre acompañado de pan o pastas variadas, para mojar. Para terminar se ofrecían vasos de agua fresca, que se consideraba digestiva y aclaraba el paladar después de tanto dulce. El prestigio de la casa requería que los refrescos fueran muy abundantes y que sobrara de todo. La composición de los refrescos era siempre muy similar, variaba la cantidad y calidad, en función de las ocasiones, motivos y convidados, que eran muy diversos: bodas, bautizos, onomásticas, fiestas mayores, profesiones religiosas, recepciones oficiales. Representaban la consagración del prestigio del dulce, sabor que marcaba los gustos de la época y por el que casi todos sentían una insuperable debilidad.

Las familias nobles recibían frecuentemente en sus casas, lo que en la época se llamaba “visita” y lo que el Barón de Maldà llamaba “visitón”, cuando era muy importante y reunía a muchos invitados. Las razones de estas recepciones eran muy diferentes. A veces era el simple placer de reunirse, otras existían motivos más concretos, pero cualquiera podía ser válido. La nobleza necesitaba estos encuentros en los que reafirmaba sus lazos de unión y se confirmaba como grupo y que además le servían de ocupación y de distracción. En torno a los refrescos se montaban tertulias, para hablar de los temas más variados, pero también se leían cartas o libros, se jugaba a las cartas, se escuchaba música, se bailaba. Eran también momentos propicios para establecer y estrechar relaciones de parentesco y de amistad. Como oportunidades privilegiadas de encuentro entre hombres y

mujeres, daban lugar con frecuencia a cortejos y aventuras galantes. Las visitas se celebraban tanto en invierno en Barcelona, como en verano, cuando la familia del Barón de Maldà, como otras muchas familias de la nobleza catalana de la época, se hallaban de vacaciones en las casas que poseían en diversas poblaciones de Cataluña.

Un buen ejemplo de visita con refresco, sin más motivo especial que el placer de reunirse, es la que tuvo lugar en Barcelona el 22 de febrero de 1802 en casa de los marqueses de Monistrol, en que todos los asistentes aprovecharon para comentar la próxima visita de los Reyes, Carlos IV y María Luisa Parma, con motivo de celebrarse en la ciudad las dobles bodas de sus hijos: “En la nit hi hagué visita de parentiu i amistat, ab engullidor recreatiu de sorbetes, líquids, pastes, neules, melindros, coques, xocolate en xicres fines de pipa com cubellets de passar de pressa, en casa dels Srs. marquesos de Monistrol, o Dusai.”

El Barón de Maldà organizaba frecuentes refrescos durante su estancia en la torre de Esplugues. El 22 de septiembre de 1800, con motivo de la fiesta mayor: “Per fi de tota esta (festa) pujaren a la sala los senyors i senyores Freixes i Gelpins, ab sos tertulians, a tots los que se’ls donà agasajo d’aigua clara –i no aigua espessa, ab sucres, com ahir– i lo xocolate ab ses corresponents golosines de pastes retiernas, de les d’ahir.” El 2 de julio de 1796 para festejar la llegada de sus hijos a la torre: “... havent d’allò ben refrescat de gots de llimonada ab melindros, xocolate ab secalls, sabatilles, etc.” Lo mismo sucedía en otra de sus propiedades, la torre d’en Peixau, de Badalona. Por ejemplo el 24 de abril de 1794, con motivo de unas obras que se hacían en la casa, se aprovechó la ocasión para hacer al mediodía una buena comida, y por la tarde un buen refresco:

“S’han passades a servir les aigues brutes; digam-ho ab més propis termes, compostes, que eren: llet –que no admet mescla de cosa estranya–, sí que les dos altres de taronjada i llimonada (...). En quant a sucra a les tasses i a les xicres del xocolatet, hi ha hagut prou de quelcom de bo, vull dir melindros, bollos i ensiamades; concluint-se la comèdia ab sos bons gots d’aigua fresca.”

Continuos refrescos se servían igualmente en la torre d’en Sitjar de los marqueses de Castellbell a la familia y a los colegiales de la “Bona Vida”. El 1 de octubre de 1797: “... s’ha servit a les senyores i a estos col.legials

l'agasajo de sota copa ab vasos d'orxata, molt bona, ab sos melindros; i después lo xocolate ab torrades i bescuits..." El 6 de octubre de 1797: "La nit, después de l'agasajo d'aigua ab sucre esponjat, xocolate ab bescuits i torrades, i aigua fresca, s'ha passat entrentiguda..."

Refrescos de mayor categoría eran los que se ofrecían en los bailes y saraos, que se celebraban normalmente de noche. Uno de los más importantes que se dieron en Barcelona en los años ochenta fue el celebrado el 7 de enero de 1785, no sólo por su esplendidez sino sobre todo por la personalidad de la anfitriona, la duquesa de Alba, que entre los muchos títulos que reunía ostentaba también el de marquesa de Vilafranca. La presencia en Barcelona de una dama de tan alta categoría, Grande de España, revolucionó el ambiente de la alta sociedad ciudadana. A principios de 1785 celebraron una gran recepción para festejar su estancia:

"En la nit del dia 7 de gener fou la gran visita de tota la noblesa d'esta ciutat i guarnició d'esta plaça de Barcelona en lo Palau, que ho és dels Exms. Srs. ducs d'Alba, marquesos de Vilafranca etc., haventhi hagut magnífic ball en lo gran saló òlim dels templaris, i antes profús refresc, que se serví de molts gèneros de bebidas, sorbetes, pastes, dulces i demás coses de reposteria, abundantíssim tot, i delicat. (...) Que en lo gran saló de casa dels Exms. Srs. ducs d'Alba eren cinc-cents trenta persones dels senyors; i de senyores, cent vuitanta-nou, pocs més, o pocs menos."

Pero sin duda alguna los refrescos más espléndidos solían ser los refrescos de boda, que se organizaban por la tarde-noche, para completar los banquetes celebrados al mediodía, invitando a un gran número de personas. El 29 de enero de 1800 se celebró la boda de los Marqueses de Alfarràs, en casa Ribes. Tratándose de una familia destacada de la nobleza barcelonesa de la época, el refresco, dado el siguiente día 3 de febrero, fue muy espléndido:

"Lo refresc se començà a servir a les senyores a nou hores tocades, passant tota la lletania, digam curs de criats, ab los dos de davant ab lo servei de plata i estovalles al coll, pendents, espatlles avall, davant i detrás (...); quals obrien lo curs del profús agasajo, seguint als dos corifeus los demás criats, fins a uns trenta, ab sotacopes ab tasses de

vàrios sorbetes de llet, taronja, avellana, a més de les begudes líquides, que ja se recreaven la vista, i més al gust de beurer-ne. Seguien altres ab assafates de bescuits d'ou i melindros, per sucар, i ninguns estaven melindrosos, sí que ab ganes d'agafar melindros i bescuits d'ou i dret a la boca, sucant-los ab los sorbetes i los líquids. Los primers, ab culletes, no sent cosa de beure'ls des dels vasos, per no eixir-ne glaçats de nassos, que haurien incomodat prou, i ab tanta fredor a la boca, traure'n hom un fort dolor de queixal que el fes gemegar.

Tanta càfila de criats serví primer lo beure a les senyores, ab totes estes golosines en assafates; servint-les después les xicres de xocolate en marcelines sobre les bandejas de xarol, caminant los criats com si fossen geperuts, i més sent llargues les bandejas, i ben ocupades de bollos, rosques, ensiamades i demás golosines, suant-hi la cananea d'aquí allí, aguantant tot aquell pes (...) Així después, que entraren a servir a los senyors, no descuidant-se tampoc dels músics (...) I les pastes delicades, d'estes la millor un peix enter, aparentant castanyola farcida tota de delicat marsapà, dels que no cabia més, habilitat d'algun forner, etc."

En los refrescos el ritual era importante. La organización resultaba complicada, pues había que servir a mucha gente y debía hacerse siguiendo una etiqueta muy bien establecida. Los anfitriones debían estar atentos para atender a sus invitados y los criados debían hallarse bien entrenados para el servicio. Una visita ofrecida la noche del 17 de enero de 1799 en casa de los Marqueses de Castellbell ofrece un buen ejemplo de la organización y desarrollo interior:

"De refresc o agasajo, per tothom n'hi hagué, començant per les senyores, senyors, músics fins a catorze, criats de les cases, amunió de dones, lacaios i d'escalera abajo, mesclant-s'hi rípio-sàpio entre tants i tantes d'estos; portant lo timó del refresc lo doctor Bardolet, a fi que tot ell anàs ben servit, com així fou. (...) En altres aposentos, retirat, se donava cafè, llet i vins de les botelles. I qui volia sopar s'amagava per allí dins, que ningú lo vegés, baixant-se'n al menjador contiguo a la cuina, com ho feu jo ab los amigos doctor Bardolet, doctor Ramon Font, mossèn Francesc Galobardes i Josep Astol –com si fos un mestre jubilat– i lo servidor Manuel Daurador; així també tots nosaltres,

del parentiu Amat i amistat, nos regositjàrem –antes que les senyores i senyors– anant tot ab gran dissimul en un aposento servint-se’ns los sorbetes, pastes, xocolate i demés que volguéssem, per no aguardar a l’última hora a pendre l’agasajo (que sempre és millor pel ventre, est, adelantar-lo, devent estar llestos tots, aptes per agasajar als demés en lo que nosaltres ja havíem fet).”

CAFÉS, TABERNAS Y FONDAS

Beber café se puso de moda en la Europa del Siglo de las Luces. La nueva bebida correspondía perfectamente a los valores de la Ilustración. En España, la moda del café se introdujo en la segunda mitad del siglo XVIII, entre las clases altas, primero en la sobremesa de grandes banquetes. Después, la afición se fue generalizando y se extendió a otras horas del día, en los desayunos y en las meriendas, en los refrescos, haciéndole la competencia al chocolate. Con el tiempo, su consumo fue ampliándose a otras capas de la sociedad. Como resultado de esta afición, a lo largo del siglo XVIII se habían ido abriendo cafés en Barcelona y en otros pueblos de Cataluña. La existencia de lugares especializados reflejaba la influencia social creciente de la nueva bebida. Estos locales, en los que no se consumía sólo café, sino muchas otras bebidas y comidas, pero que significativamente se conocían con el nombre de cafés, habían conseguido un gran éxito de público y algunos de sus propietarios gozaban de buena fama como restauradores.

El café representaba otro tipo de sociabilidad, complementario y alternativo a los tradicionales refrescos. Ya no se trataba de una reunión en una casa particular, con una asistencia numerosa, pero estrictamente regulada por la invitación, reducida a familiares, amigos, personas de la misma clase social o relacionadas por determinados vínculos; los cafés eran unos locales públicos, interclasistas, en los que se podían reunir personas mucho más variadas y no siempre relacionadas por razones específicas. En definitiva, se reflejaba la evolución social que se había producido a lo largo del siglo XVIII.

La competencia no se estableció sólo entre refrescos y cafés. También los cafés entraron en rivalidad con otros establecimientos públicos de larga tradición, las tabernas y mesones, centrados en torno al consumo de

otra de las grandes bebidas de sociabilidad de la cultura europea: el vino. Los mesones y tabernas tenían en Barcelona, como en los demás lugares de España, un carácter más popular. En competencia con las tradicionales tabernas, los cafés representaban los lugares de moda y oponían, como símbolo, la refinada y estimulante taza de café al popular y adormecedor vaso de vino. El café llegó a convertirse en uno de los signos de la modernidad y de las “Luces” en toda Europa y también en España.

El *Calaix de Sastre* proporciona variada información sobre las tabernas y cafés de la Barcelona de su tiempo. Las tabernas las ve el Barón con recelo, considerándolas lugares de reunión de gentes bajas y poco recomendables, sobre todo soldados, muy numerosos en la capital catalana como consecuencia de la guarnición militar existente en la ciudad. El 14 de septiembre de 1778 comenta la apertura de una nueva taberna en la parte baja de la Rambla:

“Un rossellonès taverner, que vivia a la vista de la Rambla, al cantó del carrer del Bonsuccés, se mudà ab sa muller i dos filles lo dia 18 de setembre a una de les botigues noves de casa don Francisco Marc, en la dita Rambla, casi frente de Santa Mònica, i se coneix per la molta soldadesca que concorre allí a menjar i beure.”

El Barón, que jamás hubiera pisado una taberna, presentaba los cafés como lugares aceptables en ciertos aspectos, especialmente por las cualidades del café y de las demás bebidas que allí se consumían, como señalaba el 1 de febrero de 1801: “Fent ma curiositat escrutini de les cases vulgo dites cafès, trobo ser estos útils al públic en lo que mira la venda d’aigües i begudes molt profitoses, especialment en la de cafè i te, que ajuden a la digestió i templen los ardors de la sang ab coneguda utilitat.” Pero en otros aspectos los consideraba censurables moralmente y políticamente, sobre todo por la concurrencia de personas, en su opinión, poco recomendables, por la discusión de ideas que consideraba peligrosas y por el juego, según advertía en tono muy riguroso el mismo día 1 de febrero:

“Però si se consideren los cafès del dia com uns llocs llibres i francs a tota casta de persones (...), se poden dir i manifestar los tals llocs com a perniciosos al públic i contraris a tota bona policia.”

Jo que mai assistec, ni me comptaran per un de sos tertúlios, de la quietud i retiro de mon quarto, he barruntat lo que en ells se garla i, per tant, faré ma crítica en los termes que m'inspira mon amor a la pàtria i lo bon zel pel bé de tots mos ciutadans. Si en los cafès no hi hagués altre mal que el d'algunes humorades de bulla i recreu pròpies de la joventut, ningú podria censurar-los; però és ben sabut que una turba de subjectes de poca educació, de quasi ninguns principis, i d'una religió freda i de màximes oposades a ella, té la reunió en semblants cases, aon porten los papers o gasetes estrangeres i, ab l'ocasió de llegir-les, diuen tan grans disbarats, que ha estat precis al govern prendre algunes providències contra sa desenfrenada llibertat (...) Ha estat de moda acudir la joventut dels que derramen los diners sens saber lo que costen, destruint moltes vegades les famílies ab lo foc devorador del joc, i també ab lo Vesuvi de la concupiscència, que consum los majors patrimonis i, gastant ab mals resultats d'aquell vici, acaba ab sa salut i moltes vegades ab la vida de jovent, galants i vistosos i de la major robustès, que com a flors se marxiten..."

Pese a sus censuras morales, los cafés no le resultaban socialmente inaceptables. En alguna ocasión hablaba de ellos como lugares dignos de ser frecuentados por las gentes de orden, incluidas las damas. Es significativo que el Barón de Maldà, un hombre muy conservador y apegado a sus privilegios, considerase los cafés como lugares aceptables para la nobleza, aunque mostrara recelos, como cuando se refería al genio “particular” y “extravagante” de su hijo Po Maria, aficionado a frecuentar el célebre café de Useleti. El hecho es que el mismo Barón de Maldà acudía alguna vez a un café e incluso llevaba a su hija, la Marquesa de Castellbell. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, de acuerdo con los usos sociales de la época, a los cafés acudían mayoritariamente los hombres, pero también podían ir las señoras en determinadas circunstancias. De todos modos, los cafés se consideraban incompatibles con los tiempos de penitencia o de luto. Así, los cafés se cerraban durante la Semana Santa o al menos quedaban prácticamente desiertos.

El 21 de diciembre de 1792 registra el *Calaix de Sastre* la apertura de un nuevo café en Barcelona, destinado a ser uno de los más famosos de la ciudad, conocido habitualmente como el café de Useleti:

“Segons queda anotat en lo “Diari” estampat de Barcelona, avui, en lo carrer d’Escudellers, entrant-se per la Rambla, casa de Francisco Pagès, s’ha posat un cafè per Miquel Uselet i Miquel Soldevila, companys, ab les comoditats possibles per tota espècie de subjectes decents, sens que es permètia entrar a persona alguna sospitosa en sa conducta; ab les sales i apartaments que correspon, a fi de que éntrien també les senyores que gústien de beure en la tarda. Se trobarà en lo cafè a tota sort de bebidas, dulces, vins i licors; tot lo que, i demés circumstàncies en quant a sos preus, ho especifica lo “Diari” 20 d’aquest mes de desembre, per intel·ligència del públic.”

Eran muchos los cafés que se abrían a fines del siglo XVIII en Barcelona. La mayoría tenían un gran éxito y algunos que no conseguían triunfar cambiaban de propietario. El Barón de Maldà recoge uno de estos cambios el 2 de septiembre de 1798. Aunque el público de los cafés era variado, los militares eran también buenos clientes:

“Lo cafè casi frente al Teatro, cantonada al carrer dels Escudellers, que d’alguns dies quedava tancat, per motiu de no fer-hi negoci lo cafeter que el tenia, est s’ha obert avui, havent-s’hi mudat altre cafeter; qual cafè, havent-se emblancat per part de fora, quedava d’allò ben il·luminat, i adornat per dintre, com hem vist doctor Cases i jo a un quart de vuit entrada de nit, passejant-nos per la Rambla. Se veurà si lo bon cafeter recollirà pessesetes d’uns i altres, dels militars los més, per poder viure; i jo diré que si no li ve sucre, que gàstie mel.”

En pocos años el número de cafés aumentó mucho. El 1 de febrero de 1801 Amat i Cortada daba noticia de los que entonces se hallaban más de moda:

“Sols diré, peraquè cònstie en mon llibre de curiositats, que entre los cafés dits d’Andrés Caponata, al costat de les Comèdies, i del d’en Suárez, davant lo pla de Comèdies; del cafè del Cerdà, a l’entrada dels Escudellers, i del del Coix, en los mateixos Escudellers, i aixís d’algun altre cafè de poc nom, és contra tots lo senyalat dit del Maltès, en la Rambla, aon des del principi de la guerra ab França ha estat moda acudir la joventut...”

La moda de los cafés alcanzó también a las poblaciones de los alrededores de Barcelona. Una referencia del Barón de Maldà, el 15 de mayo de 1808, nos presenta una escena de café muy familiar, en la que dos caballeros y una dama se entretienen tomando café y licores, con motivo de la celebración de la fiesta de San Isidro Labrador, durante una de sus estancias en la torre del Virrey Amat cercana a la villa de Gracia:

“Havent-hi cafè en lo carrer de Gràcia, est de Mitja Galta –com aquell d’Esplugues, de Picalquers–, hem anat, lo senyor don Joanet Sentmenat, la marquesa i jo a pendre una xicra o escudelletta de cafè ab sucre a la casa en què se dóna cafè a beure i també algun poc de resolis, sols tastat, puix que amb molt poc n’hi ha prou, per lo un xiquet massa espiritós; que tot nos ho ha servit lo cafeter de Gràcia, i ho dic perquè, a no ser que hagués donat una friolera don Joanet Sentmenat, no ens hem tingut que traure cap diner de la butxaca i nos ha fet bon profit.”

El Barón de Maldà también ofrece interesante información en su *Calaix de Sastre* sobre la vida de los viajeros en las fondas. Viajó bastante por Cataluña, por diversas razones, unas por afición y otras por necesidad. Había que comer y dormir en hostales por necesidad cuando se iba de viaje o cuando se hacía una estancia en poblaciones donde no se dispusiera de casa propia o de familiares y amigos, pero en muchas ocasiones ir a comer al hostel era un placer que se buscaba por sí mismo. El Barón de Maldà, como buen gastrónomo, trataba siempre de alojarse en hostales que ofrecieran buena comida.

Una peculiaridad muy interesante se refería precisamente a la sociabilidad. En los hostales, los huéspedes podían estar, bien todos juntos en un comedor común, en una o varias mesas, o bien separados, cada uno en su aposento. Así podía suceder que los comensales reunidos en torno a la mesa fueran de procedencias sociales muy diversas, pero que debido a las circunstancias comiesen lo mismo. Entonces la mesa y la comida del hostel adquirirían un carácter integrador poco frecuente, pues lo habitual es que cada persona comiera compartiendo el alimento con otras personas de su mismo grupo social y eran escasas las ocasiones en que se mezclaban comensales de diferentes grupos sociales. En una ocasión, el 12 de junio de 1783, el Barón de Maldà, un noble que generalmente comía con otros

nobles, compartió de buen grado la mesa con otros huéspedes de muy distinta condición, comiendo todos juntos los mismos platos:

“Arribat que haguí a l’hostal, ja me’l viu tot ple d’hostes. (...) me vaig ficar al quarto (...) entrà la criada a l’apostento i me digué si era gustós de menjar ab aquells o fer una taula. Pareixent-me no gens petis curris los tals, diguí que sí, desocupant-me la minyona la tauleta de totes més andròmines, unint-la a altra taula gran al mig de la sala d’hostal. I ja havien començat a dinar los amigos, que ab nosaltres dos eren lo fill segon del Sr. Anton Gispert, comerciant, bell xic i ben plantat; un nebot del Sr. canonge Sastre, de Girona; un marxant de Dunkerque, ab una sa noia vestida de noi; un col·legialet d’aquells escolapios, que anava a Barcelona...”

En otras ocasiones era la necesidad y la prisa la que llevaba a hacer compartir mesa a señores y criados. Con ocasión de un viaje de Berga a Cervera, en plena guerra de la Independencia, el Barón de Maldà hace notar la mezcla de comensales de muy diferente condición en una comida que tuvo lugar en el “hostal del Bisbe”, el 3 de noviembre de 1809:

“Luego tràctarem de dinar, que és el que feia el cas, i est luego, per tenir que fer en la tarda una mitja jornada de cinc hores llargues, fins a la ciutat de Solsona. (...) Luego, havent dinat los mossos i les dones en la mateixa taula ab nosaltres –com que a fora i en semblants hostals com est no es miren compliments–, sí que per més enllestir promptes totes les cavalles per pujar-nos-hi, tocàrem los andurrials cap a Solsona.”

La situación se repetía en muchos viajes. Con ocasión de una comida en un hostal del pueblo de Torà, el 5 de noviembre de 1809, el Barón de Maldà comentaba que él y su familia habían compartido la misma mesa y los mismos alimentos con sus criados: “Enllestírem-nos de dinar tots i totes, mossos i dones en una taula (...). Llestos de dinar, a tres hores i mitja, promptes totes les cavalles i de menjar la grana, i los mossos la mateixa vianda de nosaltres...”

Pero la reunión de comensales de diversas clases no siempre era aceptable, ni siquiera en un hostal. Además de las convenciones sociales exis-

tían motivos de carácter ideológico y religioso que lo hacían impracticable para determinadas personas. Un curioso ejemplo de incompatibilidad proyectada sobre la mesa lo anota el Barón de Maldà el 23 de mayo de 1801. Ante la posibilidad de verse obligado junto a sus acompañantes a compartir la mesa con franceses, alguno de ellos mostraba rotundamente su rechazo:

“A mitja hora de continuar nostre romiatge cap a Mataró, que serien dos quarts de set, al pujar a Mongat, massa que l’hem tinguda la broma de gavatxos, que anaven venint hàcia nosaltres a dos files (...) ab cares ninguns d’hòmens de bé, sí que de bergants, vans i orgullosos, vinosos, luxuriosos i demés vicis en tal republicana raça francesa (...) ab tot que alguns eren gallardos mossos, per lo doctor Cases no feien gens, ni per los demés, sent gavatxos, avorrits de tots los catalans castissos, excloent d’estos els que no ho són, sí que espanyols i catalans afrancesats. Gràcies a Déu que ens libràvem de tal pesta de tals gavatxos en l’Hostal de Montserrat, en Mataró, que hi anàvem a dinar. I és tal la quimera que els té lo doctor Cases, que segons ha dit no hauria menjat res en lo dinar a trobar-s’hi los gal.los, i que, a haver menjat, no li hauria fet bon profit la vianda: tal és la antipatia, i tal deu ser a quants se precien de ser cristians.”

Finalmente llegó la hora de comer y se produjo el temido encuentro y la reacción fue de total rechazo, comiendo separadamente catalanes y extranjeros:

“... sent ja hora de dinar per ser un quart d’una, me’n torní a l’hostal, a esperar la gasòfia, i ja no ens hem pogut estalviar lo mal rato de tenir allí a algun gavatxo i italià, i a una de sa faisó, vestida d’home, ab pantalon i cot blau, o citoyen, jove, i que ab tal traje canviat no quadrava gens ab tot bon català dels nostres, deixant els corcats catalans i espanyols per los francesos. Lo doctor Cases i jo no ens hem comunicat gens ab semblant família, estant fora a la sala i en aposento destinat per dinar, i nosaltres en altre, i ajustada la porta per no veure’ls.”

Aunque abundaban los malos, también había hostales que ofrecían a sus huéspedes buen alojamiento y espléndida cocina. Uno de los hostales preferidos del Barón de Maldà, del que fue cliente regular durante muchos años, fue el hostel de Montserrat de Mataró. Este hostel se hallaba situado en el camino real, frente a la iglesia de los escolapios. A diferencia de otros que se hallaban muy descuidados, el hostel de Montserrat en Mataró era muy limpio y cómodo y el Barón de Maldà le dedicaba grandes elogios. La comida estaba en consonancia con el resto, abundante y bien cocinada. Destacaba la frecuente presencia en el menú de los platos de pescado, muy variados, por ser Mataró una población costera con abundante pesca de calidad. El Barón de Maldà se hacía eco, el 2 de junio de 1806, de la fama de los platos de pescado que se servían en el hostel de Montserrat, especialmente la langosta: “... i si menjarem bones llagostes i altres peixos guisats a la marinesca en aquell famós hostel de Montserrat...” Tanto le agradaba a don Rafael esta fonda que se convirtió en un cliente asiduo.

Otro de los hostales frecuentados de vez en cuando por el Barón de Maldà era la fonda dels Tres Reis, situada en Martorell, en la plaza del Pou. Era fácil de identificar, porque en la fachada estaba pintado un anuncio con la figura de los Tres Reyes. Allí la comida era bastante buena, aunque no tan excelente como la de la fonda Montserrat de Mataró, pero los precios también eran caros. La comida del 9 de septiembre de 1794 era aceptable, aunque sencilla:

“... nos hem posats a dinar a dotze hores tocases; i los Tres Reis nos l’han donat prou bo i saonat. La sopa era acertada; l’olla podia molt ben passar, i la demás vianda, ab les postres d’algun préssec, per assentar-se d’allò primer lo de puribus ab trago de vi.”

MISAS, SERMONES Y PROCESIONES

El Barón de Maldà era un hombre muy religioso, asistía regularmente a la iglesia, por supuesto los domingos y fiestas, pero también los días ordinarios. Oía misa, frecuentaba los sacramentos, participaba en procesiones y otros actos de culto y practicaba muchas devociones. La Semana Santa era un tiempo de especial dedicación religiosa. El 24 de marzo de 1796 relataba los actos litúrgicos propios de Jueves Santo:

“Avui ha assistit la gent a la santificació d’est dia a les iglésies, per adorar a la Divina Majestat en lo sant sacrifici de la missa única que se celebra, assistir al religiosíssim acte de veure posar a Nostre Amo (alabat sia sempre) al monument i seguir los demés monuments en les iglésies, matí i tarda, fins demà a migdia, hora destinada per tràurer-se a Nostre Amo del monument; havent-s’hi anyadit molta gent de fora, i per veure les dos molt llüides professons d’est diai demà, Divendres Sant.”

En ocasiones a las celebraciones litúrgicas de la fiesta se añadían devociones especiales. El 2 de abril de 1795, día de Jueves Santo, escribía:

“Lo prodigi que obra Déu Nostre Senyor cada any per esta diada de Dijous Sant i Divendres Sant, des de posar-se fins a tràurer-se a Nostre Amo del monument de la parroquial iglésia de Nostra Senyora del Pi, és una Santa Faç de Cristo en un sacrariet dintre de la capella de la Puritat, a dos o tres entrada des del Portal Major a l’esquerra, que se li coneix ab dos o tres gotes de sang en el sacratíssim front i alguna altra senyal; augmentant-se lo conèixer-se fins a la mitjanit entrada al Divendres Sant, que s’apaga tota la facció, quedant sols lo borroí res més en tot l’any. (...) A la qual capella entrava prou gent per veure lo prodigi que obra Déu Nostre Senyor en sa Sagrada Faç. Jo reparí com una sombra de boca i nas, i res més.”

A la Semana Santa seguía la alegre celebración de la Pascua. El siguiente 4 de abril de 1795, Sábado Santo, anotaba:

“Ab tot de no acompanyar lo matí per lo nuvolós i plujós, ha resonat l’alegre càntic d’Al.leluia a un quart de deu tocat en tota la iglésia, de la triümfant resurrecció del Senyor, después de finides les sagrades cerimònies de les benediccions de l’aigua, del foc i del ciri pasqual, ab la lectura o cant de les profecies, ab la melodiosa música en les iglésies, tocs festius de campanes; i fora de la iglésia, disparos de canons dels bastiments en lo moll, Montjuïc; i d’esta plaça, d’escopetades, pistoles, trons, etc. Ruído sobre bancs i fustes en senyal d’alegria en los cors del cristians, per haver Cristo Redemptor Nostre ressuscitat.”

En su asistencia a la iglesia, además de la religiosidad, contaban muchos otros factores, como la sociabilidad, pues era una manera de encontrarse con otras personas amigas o conocidas. También podían ser las ceremonias religiosas un entretenimiento y un espectáculo, como puede apreciarse en sus comentarios sobre la oratoria y la música sagradas. Ir a la iglesia suponía escuchar sermones, que eran muy apreciados o criticados, según el fondo y la forma. En las fiestas de San Roque de Hospitalet, en agosto de 1795 comentaba:

“Lo predicador ha estat un pare agustino calçat, i ha predicat lo sermó de les Santes Relíquies en llengua de catastro, o castellana, que és tot una cosa. No ha estat gaire llarg, ni tampoc massa curt. Per últim ha elogiat la constància del turments d’estos Sants Màrtirs, que venera, i ab molta rahó, la casa de Molines, difundint-se la devoció en tot lo poble de l’Hospitalet...”

El 27 de marzo de 1796, día de Pascua de Resurrección, señalaba sobre un sermón predicado en Barcelona:

“Solemníssima festa en totes les iglésies de la festivitat d’avui de la triümfant Resurrecció del Senyor, ab sermons de despido de la Quaresma en la santa iglésia catedral de son orador, lo pare Albert Vidal, franciscano, i en la parròquia de Santa Maria del Mar de son orador, dels del cabasset, lo pare Daniel de Barcelona, religiós caputxí; predicats inter solemnia, i est últim en català ab molta assistència de fiels en les iglésies a la santificació d’est Diumenge de Pasqua Florida, la principal festa que és de les quatre anys...”

También tenía gran protagonismo la música sacra. El 19 de marzo de 1796, festividad de San José, la música constituía parte esencial de las celebraciones religiosas:

“En quant a funcions extraordinàries en est dia de Sant Josep en iglésies, ha estat una en la iglésia de la Trinitat Calçada, que a cinc hores de la tarda s’ha començat pel cant del famós Stabat de Haydn, seguint-se después una breu plàtica i concluint-se después la funció ab un miserere, obra de música que ha tret a llum don Josep Pintauro,

compositor de música del Teatro; qual autor, segons nota lo “Diari” d’avui, regirà l’orquestra des del clave.

L’altra funció, a entrada de nit, era en la iglésia de Sant Felip Neri, que se devia cantar la tan escollida obra de música del misere-re del mestre de València, un tal mossèn Ponç, i per est motiu s’ha adelantada un poc l’hora d’entrarse a l’oració de l’oratori parvo.”

Especial impacto social tenían las procesiones, que con gran frecuencia transcurrían por las calles de Barcelona, con ocasión de Semana Santa y de numerosos santos. El Barón de Maldà era muy aficionado a ellas y recogió muchas noticias. La principal procesión de la época era la de Corpus. En 1790 el *Calaix de Sastre* relataba la procesión de su parroquia, la de Nuestra Señora del Pino, celebrada al fin de la octava de Corpus, el 10 de junio:

“Havent fet prou bona tarda, se féu la professó de la parroquial iglésia del Pi, lluïdíssima per tant número de banderes i atxes que hi anaven en obsequi del Ssm. Sacrament (alabat sia per a sempre. Amén); havent-hi anat la música de l’Artilleria ab lo bombo, i la dels Suïssos ab tambor, platets i pandero ab cascavells, que era gran tabo-la; i també diré que la més de la gent posava més l’atenció en estes músiques que al principal objecte de la professó; i molt poca, o ninguna, la devoció i modèstia en moltíssims, per no reflexionar com deuen al misteri tan gran de Cristo Senyor Nostre Sacramentat; i és llàstima que succeèsquia en aquesta ciutat de Barcelona, corrompent-se de dia en dia les costums de molts com hi ha, tant d’aquí como de fora.”

En 1791 hablaba igualmente de la procesión del Pino en la octava del Corpus:

“A la tarda, (...) la professó del Pi, que ha començat a eixir a un quart de set tocat i després d’una llarga pausa de tres quarts, per aquelles etiquetes d’atxes i banderes, si endevant, si endatràs. Quedant-se los individus dintre de les capelles i per l’iglésia a set hores, i ha tornat a tres quarts de nou, havent anat ab molt lluïment d’atxes i banderes i dos o tres cors o cobles de música –d’estes la del molt lltre. ajuntament ab les timbals i instruments de vent, i la musica de

l'artilleria així mateix ab un tambor, a imitació lo sonido d'un petit bombo. Lo número d'atxes arribà a dos-centes vuit i algunes vint-i-dos banderes. Súmmament llüida dita professó, ab tants indivíduos que hi anaven, principalment de la noblesa de la parròquia.”

Muy importante era también la procesión de la parroquia de San Miguel del Mar, del nuevo barrio de la Barceloneta. El *Calaix de Sastre* da interesante información de esta procesión en 1793, llena música y de banderas, en la que dominaban los gremios de marineros y pescadores:

“En la tarda s’han fetes les dos professons de Corpus, de la Mercè i de Sant Miquel de Mar. Per consegüent, ab la novetat de fer-se esta última en la tarda, ha eixit moltíssima gent i cotxes vàrios al moll i cap a la Barceloneta, a veure la professó i seguir los adornos d’algunes capelles, banderes, gallardets etc., en moltes d’aquelles cases, com a festa del Corpus.

Dita professó haurà vingut a eixir de la iglèsia cerca de set hores ab lo Santíssim Sagrament (Per sempre sia alabat. Amén), acompanyant-lo porció de capellans de la parroquial iglèsia de Santa Maria del Mar, sufragània que n’és de la dita aquella iglèsia de Sant Miquel.

Después de sols un timbaler a cavall, ab cota i los draps de les timbales blaves de domàs, seguien lo parell de gonfanons de la parròquia de Santa Maria i algunes vint banderes, les més de mariners i pescadors, i les restants d’algun altre gremi. Seguia después prou menudalla de criatures ab ciri encès, i alguns sants Joanets ab los anyells, tots estos no ben arrengrats, sí que los demás indivíduos, grans i xics, arrengrats, ab sa atxa de cera blanca en la mà, en l’acompanyament de la professó de Nostre Amo (per sempre sia alabat), que empunyaba lo capellà de la Barceloneta, o lo vicari per perpètuu de Santa Maria.

Durant la professó se repicaven i ventaven a les tres campanes, i bastants tirs per allí –i majorment en la plaça de Sant Miquel– d’escopetades, pistolas i coets, àdhuc a dalt al campanar; fent també salva los bastiments a l’eixir Nostre Amo de la iglèsia i a les cases a la vista del moll, en senyal d’alegria.”

PASEOS, EXCURSIONES Y VIAJES

Al Barón de Maldà, aunque llevaba una vida muy pacífica, le gustaba el ejercicio físico, moverse, salir de casa, tomar el aire. Su pasión era pasear, tanto por la ciudad como por el campo, hacer excursiones más o menos cortas, y pequeños viajes por Cataluña. Cualquiera hora era buena para salir a pasear, tanto en verano como en invierno. Aunque a veces paseaba en coche, generalmente lo hacía a pie. Le encantaba caminar, solo o, mejor, acompañado, y detenerse a charlar un rato con los conocidos que encontraba, de cualquier sexo, edad, clase y condición. Era un hombre muy curioso, al que le gustaban mucho las noticias, comentarios y rumores de todo tipo. Salía a pasear diariamente por Barcelona. En raras ocasiones renunciaba a su cotidiana salida. No le importaba ni el frío ni el calor. Acostumbraba a pasear por la Rambla o por la muralla del mar. El 28 de febrero de 1796, un domingo de cuaresma explica el Barón cómo pasó la tarde, él y un montón de barceloneses más:

“En la tarda, en les iglésies, s’ha explicat algun punt de doctrina cristiana al poble, i després s’han fets los sermons o missions de quaresma. I, acabats, se n’ha eixit la gent al passeig de la Rambla, havent-hi rua de cotxes. Concurs també de gent en la muralla de Mar, i per fer aire de llevant, fred, i nuvolós lo cel, no hi feia de gaire bon estar, no havent brindat lo dia per passeig. I tothom ben abrigat ab capa o capot per causa del fred...”

También iba de paseo cuando se hallaba en cualquiera de sus otras residencias. Con ocasión de una estancia en Hospitalet en agosto de 1795 escribía:

“En la tarda, no sabent jo què fer, pués que no dormo siesta, me’n só anat Carrer Major avall, seguint la sombra en tot aon arribava, bé que el sol, ab tot que molt ardent, caminant corrent fresca se podia tolerar, bé que no massa; (...) Me só aturat a fer platexèria ab la Pona Món, fustera, coneixença antiga de vint-i-cinc anys, parlant-me de ses tragèries (...) He estat allí un rato, i després he tornat a fer un petit rato de platexeria ab la Marguerida Ràfols (...) Des d’allí he passat, dirigint-me per un carreró d’eixida al Carrer Major, a can Melic, o

casa de Guitard, aon allotgen la muller del senyor Josep Renard, mestre de cases, ab ses dos filles i fill. (...) Totes m'han fet grans agasajos per ser gent de garbo. Allí he estat cosa de cerca de mitja hora, i des d'allí me'n só tornat a casa, a emplear-me en alguna cosa útil, esperant l'hora de marxar a Barcelona."

Sus excursiones eran un modo de romper la rutina y, además, una nueva ocasión de encontrarse con los parientes y amigos, pues siempre iba en grupo y muchas veces el motivo de la salida era visitar a algún familiar o conocido, y una forma más de pasar el tiempo, de ver cosas nuevas, paisajes, pueblos, monumentos, iglesias, ermitas. En muchas ocasiones el viaje tenía por finalidad trasladarse desde su casa de Barcelona a alguna otra de sus residencias. Cada año iba a pasar el verano a su casa de Esplugues. En agosto de 1770 escribía: "Ahir, dia 3 d'agost, me n'aní a ma torre d'Esplugues, en companyia de ma muller i germanes, per temporada d'alguns dos mesos..." Otras veces eran excursiones ocasionales, como el 29 de abril de 1795:

"Intencionat ab lo doctor Josep Cases, presbítero, d'arribar a Esplugues i a la torre, suposat ser Sant Pere Màrtir, i atès haver amanescut dia serè i majorment en estos temps que prata rident, hem executat la passejada lo referit doctor Josep Cases, lo Jaume Fontanals i jo, ab lo cotxe corrent; i Francesc i Pau, lacaio de la família.

Havent eixit de Barcelona a dos quarts de deu d'est matí, i arribat a Esplugues a dos quarts d'onze..."

Las visitas se repetían con frecuencia, como el 22 de julio de aquel mismo año 1795: "En la tarda anàrem mossen Josep Solanelles, doctor Josep Cases i jo, ab lo cotxe, suposat haver fet bona tarda, a Esplugues, a divertir-nos un poc, sent festa de sa patrona, santa Maria Magdalena..."

También visitaban periódicamente otros lugares, como sucedió el 16 de octubre de 1776, en que fueron a comer a la torre de Badalona:

"Anàrem tots a dinar a la torre de Badalona, dita d'en Peixau. Partírem de Barcelona a les nou hores del matí i arribàrem allí a dos quarts d'onze, havent trobat lo camí cerca del riu Besòs molt plé de fang ab roderes prou fondes, i també frente de les cases i iglésia de

Sant Adrià. Lo dia fou serè, i plausible la carretera, per causa de la gent d'un i altre sexo que venien hàcia nosaltres i anaven."

Y lo mismo durante años y años, como se repetía, por ejemplo, el 1 de mayo de 1795:

"Ab l'ànimo ja dies –a permetre-ho lo temps– de passar-ne alguns en ma torre en Badalona, he començat en est dia 1 de maig. (...) En fi, ab l'amigo doctor Josep Cases, Jaume Fontanals, un jove vidrier de casa d'en Revella per posar los vidres que falten en balcons de la torre d'en Peixau, i jo, ab lo cotxe d'allò ben carregat de trastos, ab lo baiül ple a la saga i, sobre, lo bon Pau, lacaio, i lo Francesc, tiesso, en el pescante, hem eixit de Barcelona a deu hores i quart d'est matí, i arribat a la torre a dos quarts de dotze. (...) Lo dinar ha estat algo més tard de lo acostumat (...). Después, ab serena i clara tarda, il.luminant-nos encara el sol, molt cerca de son ocàs, hem anat a passeig al poble, i de seguida a la iglésia, sent summament degut fer la primera visita a Nostre Amo..."

O el 29 de julio del mismo año 1795:

"Havent brindat lo dia per passeig a fora, hem anat est matí mossèn Josep Solanelles, doctor Josep Cases, lo Rafeló, mon fill, i jo a Badalona, a la torre dén Peixau, havent-se adelantat lo Jaume Fontanals ab l'haca, portant tots los apetuscos i lo xocolate ab mig braç de bescuit tou per la tarda."

En agosto, el día 16, hace un detallado relato de una de sus excursiones a Hospitalet:

"Entro a l'explicació del passeig a l'Hospitalet, festa de Sant Roc, i vinent dels Sants Màrtirs (...) L'amic doctor Anton Bardolet, presbítero, mos dos fills, Rafel i Po Maria i jo hem eixit de Barcelona, ab lo birtloxo d'en Po, sastre, a deu hores tocades, i cap a l'Hospitalet, a la Festa Major de Sant Roc gloriós; havent-se adelantat ab lo carro de Can Xarricó –que es lo mateix que casa mia– mon fill Tano ab lo

parell de fàmulos Jaume Fontanalsi Pau Bertran, que hi han arribat un xiquet antes que nosaltres...”

DIVERSIONES, FIESTAS Y CEREMONIAS

Diversiones de todas clases eran parte esencial en la vida noble y también en la vida del Barón de Maldà. Algunas diversiones eran de carácter privado y otras eran plenamente públicas. La música era una de sus aficiones predilectas. Le gustaba tocarla y escucharla, a solas o en grupo. Rafael de Amat, como muchos de los nobles de la época, sabía música y tocaba la viola. Le gustaba mucho asistir a conciertos, tanto de música sacra, en la iglesia, como de música profana, en su propia casa o en la de otros nobles. También le agradaba la música popular y le gustaba escuchar la música de las fiestas patronales. El 26 de mayo de 1795 daba interesantes noticias de un concierto y de su viola:

“En casa Grancur, en lo saló, hi hagué, des de dos quarts de nou de la nit fins a quarts d’onze, una molt lliüda serenata de música ab tota la orquesta, com en les de casa de mossèn Josep Prats, ab lo motiu d’haver començat a cantar en públic la senyora pubilla donya Manuela de Grancur, muller del Sr. don Lluís Valls, i la senyora donya Carmela Roncali, que cantà moltíssim bé, igualment que dita senyora pubilla. I lo Manuel Camps, clergue, músic tenor de la catedral, tocà la viola de Stradivàrio mia, que la hi vaig canviar per la sua, òlim del quòndam mossèn Jaume Soler, feta pel senyor Joan Guillimí, per ser més lleugera de manejar i tocar, i traure més cos de veu; sent-me tal viola apassionada mia per estes circumstàncies. I haven-me insinuat lo Manel que la canviaria per la mia, li doní de tornes trenta lliures, convinguts los dos, i quedà mia dita viola, ab la caixa.”

Igual sucedía con el baile, aunque en ese caso el Barón participaba poco y se dedicaba a observar. Eran muchas las ocasiones, públicas y privada, en que se organizaban bailes, desde una boda al Carnaval. El 26 de septiembre de 1795, para celebrar la paz de Basilea, se organizó un animado baile:

“En la nit, en la torre de Clota, vui de Gelpí, hi ha hagut diversió de sarau, ab música de dos violins que tocaven dos ciegos, un d’estos lo famós Tiano en l’habilitat de tocar i puntejar la guitarra. en efecte, ha acudit jovent d’Esplugues, i ha admirat a tothom lo primor ab què ha ballat lo ball anglès un soldat miliciano, i est també, sol, lo fandango, tocanta compàs les castanyoles ab moltes habilitats i destresa de peus, cuixes i cames, ab sols música de guitarra. I havent-hi tanta multitud en aquell saló, i més en lo fandango, per vèurer-lo ballar, feia prou calor i havia prou bullícia...”

El 14 de enero, en esta ocasión, para festejar la tradicional matanza del cerdo, que se hacía en muchas casas por esas fechas, también se celebró un baile:

“En la nit, en esta última [casa Rocafort], hi ha hagut un sarau –ab títol de gent petita, però més fou d’escollit jovent i petrimetria en los dos sexos, i numerossísim concurs de militars, més que de paisans– per ballar ab música de tres jóvens ciegos que tocaven los violins, i altre, lo contrabaix. (...) Lo sarau se començà a tres quarts de nou, i se finí qui ho sap en quina hora, havent ballat tot aquell escollit jovent masculí i femení escollides contradances, que era un desori bulliciós per tantes ruedas, alemandes i embolics que hi entraven, ab alguns esquinços en aquella blancura de faldilles de les més de les senyorettes, quan corria tota la broma.

Formades vuit parejas, isqueren antes a ballar un o més minuets, que feia un agradable objecte; i l’habilitat del minuet escocès que l’isqueren a ballar tres nimfes ab militars, que reunien a tothom a mirar-se’ls com lo ballaven.”

La fiesta era para el Barón de Maldà, como para la mayoría de la nobleza, casi cotidiana. Para él la fiesta era algo importante. Seguía el ciclo festivo anual, conservando las costumbres y tradiciones con mucha precisión. En su familia se celebraban mucho las fiestas y asistía a la mayoría de las celebraciones de la nobleza barcelonesa. Pero desde que se hizo mayor, y sobre todo al enviudar, se volvió muy conservador y crítico con lo que consideraba excesos de los tiempos, especialmente las modas

afrancesadas que seguían los jóvenes. El 9 de febrero de 1796 con ocasión de los Carnavales, cuando sólo tenía cincuenta años, escribía:

“De bullícia a tot arreu, majorment en la Rambla, en esta tarda, he estat com d’última de Carnaval, i abundància de saraus en esta nit de visca la broma. Com jo m’hi he entretingut poc, no puc definir res de saraus, pués que no só bailador ni amic de tarumbes. Vuit anys que só viudo, per consegüent, me gusta la vida de Juan Labrador; i les obligacions que hom té a que atendre en l’educació, criança i col.locació de ma prole, i ja començant un poc a sentir la càrrega d’alguns anys, me priva el tot de barrejar-me ab tot lo jovent d’estos temps, algo massa libre, que no anhela més que saraus, jocs, vestits a la moda gavatxa, excessos de menjar i beure i demás, en què passen de la ralla més de quatre d’estos pisaverdes que anden per Barcelona, àdhuc del primer rang. Que és una llàstima veure’ls ab calces estretes, ab pantalons i ab lo cigarro a la boca, que en altres temps no es veia això, grangeant-se los que no volen semblar espanyols, sí que francesos, lo despreci de la plebe i de tot home sensat, o que té enteniment.”

Las fiestas mayores eran las preferidas del Barón de Maldà, una gran ocasión para divertirse, ver a los familiares y amigos, y, sobre todo, para disfrutar con un buen festín. Acudía regularmente a varias de ellas a lo largo del año, especialmente a las de aquellos pueblos en que la familia poseía alguna casa. Además de asistir a las celebraciones religiosas y a los bailes, su principal interés estaba puesto en las grandes comidas tradicionales, con que se festejaban a lo largo del año los días de los patronos de los diversos pueblos. Al igual que sucedía con las grandes fiestas del calendario litúrgico, las comidas de las fiestas mayores solían estar apegadas a la tradición y respondían con frecuencia a un ritual de productos y de platos bien establecido y que se perpetuaba año tras año.

Como sucedía con otras fiestas, también las fiestas mayores tenían un carácter integrador, pues igual que las ceremonias religiosas y los bailes eran compartidos por todos los vecinos del pueblo y muchos forasteros, de toda condición. Todos o casi todos organizaban una gran comida en la que se reunían familiares, amigos y algunos forasteros invitados, y en ella los platos típicos eran consumidos por todos los grupos sociales, a diferentes escalas de abundancia y calidad. Para las clases populares representaba un

acontecimiento extraordinario, que sólo podían permitirse contadas veces a lo largo del año, sumándose a ello la tradición de determinados platos, que no podían faltar en la mesa en aquella fecha. Para la nobleza representaba también un extraordinario, pero teniendo en cuenta la abundancia y calidad de su alimentación habitual, el énfasis se ponía en la particularidad de los platos típicos. Aunque las comidas de fiesta mayor se celebraban por separado en cada casa, representaban, debido a la fuerza de la tradición, una ocasión de proximidad entre clases sociales y los menús tenían una clara significación popular.

La fiesta mayor predilecta del Barón de Maldà era la de Esplugues, que tenía lugar el día de San Mateo, el 21 de septiembre, aunque según en qué día de la semana cayera la fiesta, solía ser trasladada al domingo inmediato. La familia Amat la celebraba en la torre que poseía en el pueblo, por todo lo alto y con un espléndido banquete para gran cantidad de invitados. El menú básico típico de una fiesta mayor se componía de los siguientes platos, tal como enumeraba Amat i Cortada el 26 de septiembre de 1791: “plat de la sopa ab algun calabre”, “plat de macarrons o escudella d’arròs i fideus”, “plat de la carn d’olla”, “plat de relleno de préssecs”, “plat de fricandó”, “volateria”, “empanada”, “rostit” y después postres. Plato muy característico de la fiesta mayor de Esplugues, siempre presente ese día en las mesas de las gentes del pueblo y que casi cada año se preparaba también en casa del Barón de Maldà, era el “plat de bou i arròs, sucre i canyella”. En casa del Barón era también costumbre presentar un plato de melocotones rellenos de carne, también dulce, que era muy del agrado de Don Rafael y al que llamaba “el plato de casa Cortada”. Al parecer, estos dos platos también figuraban, en ocasiones, en el menú de las fiestas mayores de otros pueblos, por lo que se les podría considerar platos típicos de fiesta mayor. Además se servían otros muchos platos variados, la gran mayoría de carne, sólo en ocasiones se incluían mariscos, como langosta, langostinos, ostras, o pescado. De postre, fruta fresca de temporada y algunos platos de dulce. Al final se servía café.

El 25 de septiembre de 1796 el Barón de Maldà hace un relato muy expresivo y pormenorizado del acontecimiento. Comenzaba por describir la preparación de la mesa:

“S’ha parada la taula pel gaudeamus, i que tothom ja tenia les dents ben esmolades. Com hi teníem persones d’alto bordo, s’ha pro-

curat la propietat possible en l'aparato de tovallons, plegats de certa manera en los plats, i en quiscun, amagat, un pa de crostons, ab sa cullera, forquilla i ganivet; tant los tovallons com les estovalles de roba de domàs o ginesta, ab les ampolles d'aigua i vi al davant, i sos cubos de pisa per cada u, per tenir lo got; servint-se un mateix l'aigua i el vi, per no tenir que cridar al criat per beure”.

Después continuaba explicando con detalle la composición de los tres servicios que integraban la comida. El primer servicio estaba formado esencialmente por la sopa, “escudella” y “carn d’olla”:

“S’han anat posant los plats ab simetria en taula, i les soperes de pisa per la sopa i escudella d’arròs, cols, la carn d’olla al mig, ab moltó i vaca excel.lent, ab tot lo demás reliquo que hi entra de verdures, botifarra i cansalada. En los intermedis de la simetria quedaven les tallades de meló –dolces com una mel, pués hauria sigut xasco que haguessen estat carabassa– i les salseres ab salsa de tomàtec; oint-se en l’escudella tal sonido de culleres com campanetes de convents de monges en Barcelona, quan toquen a les cinc de la tarda. I llavors tothom callava, i no después de l’escudella i olla, que ja s’hi començava a enraonar, havent-hi ja un poc de fonament a la panxa.”

El segundo servicio reunía un conjunto de segundos platos, básicamente de volatería. Uno de los platos era el típico de melocotones rellenos. Acompañaban algunos entremeses al estilo francés:

“Desocupada la primera simetria, ha entrat la segona, de relleno de préssecs al mig, ab suc, tot allò ben llépol, per lo dolç; guisado ab ànecs, altre de colomins; alguns orduvres de pèsols i altres espècies incitatives a l’apetit. D’estos, lo plat de botifarres fresques, vianda fora temps, i algo picantetes; pollastres rostits i tortada d’agredolç, gobelets de llet i crema, tot delicat. I a més, ja no podia passar pel coll, per tenir ja hom lo ventre com un tinter.”

Finalmente cerraba el menú la tercera simetría, con los postres, de frutas del tiempo, pastas, una copa de vino dulce:

“Ha seguit la tercera simetria de les postres, de síndria dolça i fresca, raïms i altres fruits dels temps, finint la bucòlica ab bons tragos de vi de Màlaga, sucant-hi en veires algun secall o melindro. Alegres i satisfets, hem donat gràcies a Déu, com devíem, i nos hem aixecats de la cadira per rentar-nos i eixugar-nos les mans, i glopejar un poc d’aigua los que hi tenen de costum, i pendre-hi un polvo los aficionats.”

El 25 de septiembre de 1803 destacaba en su relato la reunión familiar a que daba ocasión la fiesta:

“Lo dinar (sent) a taula, (...) s’han anyadides dos o tres taules més, sent vint-i-dos los de taula, i ab ganes después de dos dejunis. (...) En quant a la vianda, la sopa ha sigut molt bona; també los macarrons, melons i figues, etc. En la segona muda, lo plat de la Festa Major, est lo dels préssecs rellenos ab suc groc, com una jalea; lo plat de perdius, l’ànec ab arròs i sucre –ja que no ha sigut plat de bou i arròs, sucre i canyella, no havent eixit canyella a taula–, plat de menuts, etc. En la tercera muda, lo rostit, la torrada de llet i confitura, dos plats de mató de monja, postres corresponents d’amargos, almívars o confitures, anissos, raïms i préssecs; vins i aigua en ampelles, per brindar a l’últim a la salut del qui escriu i demés, tot cosins, germans “Amats” i amistat en taula, tenint quiscun son cubo de pisa i, dintre, la tassa per veure vi barrejat ab aigua i vi sol. (...) Per no faltar circumstància en est dinar, s’ha servit lo cafè ab sucre terrossat en la galeria llarga en xicres i plats de porcel.lana florejada d’encarnat.”

Otra fiesta mayor que el Barón de Maldà solía celebrar algunos años, aprovechando la oportunidad para una buena comida, era la fiesta de l’Hospitalet, que tenía lugar el día de San Roque, el 16 de agosto. Generalmente se hospedaban en casa d’en Xerricó. La comida era abundante y variada, con los imprescindibles entrantes de sopa y carn d’olla, y los típicos platos de fiesta mayor, el “plat de bou i arròs, sucre i canyella” y el plato de melocotones rellenos. El 16 de agosto de 1796 escribía:

“Hem començat (lo dinar) per un plat de sopa, que hi reinava bé lo “doctor Substància”; d’aquelles capaces per ressucitar un mort. L’escudella també era substanciosa (...). Ha seguit la carn d’olla –que

ab tots los adminículos de verdura, cansalada, etc., sempre sol eixir a taula—, en la que no hem carregat massa, per haver-hi encara més “bucòlica” que tastar. En efecte, han tret a taula escaldums, d’allò ben llaminers, per lo dolços, que equivalia lo suc groc, fet una picada, a relleno; i, com jo só Cortada, o de família, que els agrada lo dulce-do, he fet, com en la música, en lo de capo d’una ària bona. Después ha seguit platillo de carn ab albergínies, i una oca farcida de pomes, per lo coronat opus del gaudeamus en la taula; acabant ab les postres d’alguna fruita de la corrent estació.”

Otro pueblo adonde el Barón de Maldà y su familia tenían por costumbre ir a celebrar la fiesta mayor y sobre todo a comer bien era a Sant Andreu de Palomar, donde se hallaba la torre d’en Sitjar, propiedad de los marqueses de Castellbell. La fiesta se celebraba el día del santo patrón del pueblo, Sant Andreu, el 30 de noviembre. Aquella casa tenía merecida fama de buena mesa, no en vano era la sede del Col.legi de la Bona Vida. En los menús se repetían las peras rellenas, plato muy similar al de los melocotones rellenos, y que también era muy del agrado del Barón de Maldà. Según decía el 30 de noviembre de 1804:

“... tota la festa major nostra allí ha consistit ab un bon gaudeamus en la taula, de bona escudella o olla podrida, mes no ben podrida per lo algo massa clara, divent ser més espessa en rigor d’olla podrida; delicada sopa, bona olla, per lo que l’adobava la carn, la gallina, la verdura, pilota, botifarra i cansalada; peres rellenes, ben dolces ab son sucre i suc corresponent; escaldums, perdius —guardant-se per demà, per ja massa fartalència en la taula, ab los capons—, gall d’India farcit; gobelets de llet i sucre, mató de llet, posant-hi quiscú i quiscuna lo sucre; garrafes plenes d’aigua i vi per buidar-se a les tasses en los cubos dels de la taula; codo-re a postres del vi generós; i bon profit a tots.”

No todo eran festejos populares. El Barón de Maldà, aunque no ostentaba cargos políticos, también participaba, como el resto de la nobleza, en fiestas y ceremonias públicas, con las autoridades civiles y militares, como la celebración del santo del rey y otras ocasiones similares. Cuando Carlos IV visitó Barcelona en 1802 el Barón acudió a todos los actos reales, besamanos, comidas públicas, recepciones, festejos. Tuvo oportunidad,

como muchos otros nobles, de presenciar una comida real en público. El 16 de septiembre de 1802 escribía:

“Apretats, i no tant, hem entrat al gran saló de Palàcio, que estaven llavors dinant S.M. lo rei ab lo sereníssim príncep don Fernando, ab la demás real prole i lo senyor infant don Antonio, germà de nostre catòlic monarca. Lo rei, a la testera de la taula sentat en cadira de respecte, que m’ha paregut vellut carmesí, a no domàs ab galó d’or i dorada; així altra per la reina, que no menjava en taula, sí que sola per no trobar-se molt bona i ab poca gana. Observàvem tots ab silenci, i tot lo més parlant baixet, com a senyal de respecte degut a Ss. Ms. i alteses; i observat que lo senyor rei menjava ab gust, i que no eren tallets, sí que bons talls de carn, que enviava a la boca ab la forquilla. (...) Después de begut, S.M. s’ha senyat, havent eixit a l’acabar-se les postres.”

PAPEL, PLUMA Y TINTA

A pesar de vivir en el siglo de las luces, la vida cultural del Barón de Maldà era escasa. No parece que leyera demasiado. Estaba al tanto de algunas novedades, pero más por curiosidad que por verdadero espíritu ilustrado. Ya mayor ingresó en la Academia de Buenas Letras, por su condición noble más que por sus grandes méritos y talentos intelectuales o literarios, pues entonces su gran obra, el *Calaix de Sastre*, no estaba publicada y sólo se leía en familia y ante los amigos más íntimos. Su gran pasión era escribir su dietario, al que dedicaba mucho tiempo cada día, y rarísima era la jornada en que no escribía, aunque estuviera de viaje o tuviera muchas ocupaciones, bien fuese de día, con luz natural, o de noche, a la luz de las velas. En agosto de 1795 comentaba, por ejemplo, cómo escribió el relato de la fiesta mayor de San Roque en Hospitalet:

“Jo, tornat que haguí ab la família a casa d’en Xarricó, vaig anar promptes los apetuscos de tinter, plomes i llibre. Tot seguit, calamo currenti, continuí la jocosa història d’esta Festa Major i lo treball arribà cerca d’hora, i si no m’adono de la candela, me quedo a les fosques, pués que s’acabava de fondre en lo broc del candeler; qual

desastre, i no del sastre, l'esmenà la Marieta, posant-me altra candel·la llarga lo suficient en lo candelerero. Havent-ne fet prou d'escriure, puix mos ulls me feien algunes pampallugues, resolguí plegar d'escriure, sent ja hora de les nou i mitja, que era de posar hom taps, vull dir sopar."

Al trabajo propiamente dicho parece que el Barón le dedicaba poco tiempo. Ni siquiera reflejaba en el dietario que se ocupara de la administración de su patrimonio. Tenía administradores y sólo en alguna ocasión manifestaba preocupación por la recepción de las rentas o comentaba alguna visita de sus "masovers" o alguna de las estancias en sus tierras. La vida cotidiana de Rafael de Amat i de Cortada, como era característico de la nobleza, era una vida de ocio, donde la mesa, las visitas, las tertulias, los paseos, la religión y las diversiones ocupaban la mayor parte de su tiempo y en la que las relaciones familiares y sociales jugaban un papel fundamental.